



La Confederación de Sindicatos Profesionales (Gremios Obreros) de Burgos, en el XXVI aniversario de la publicación de la Encíclica RERUM NOVARUM

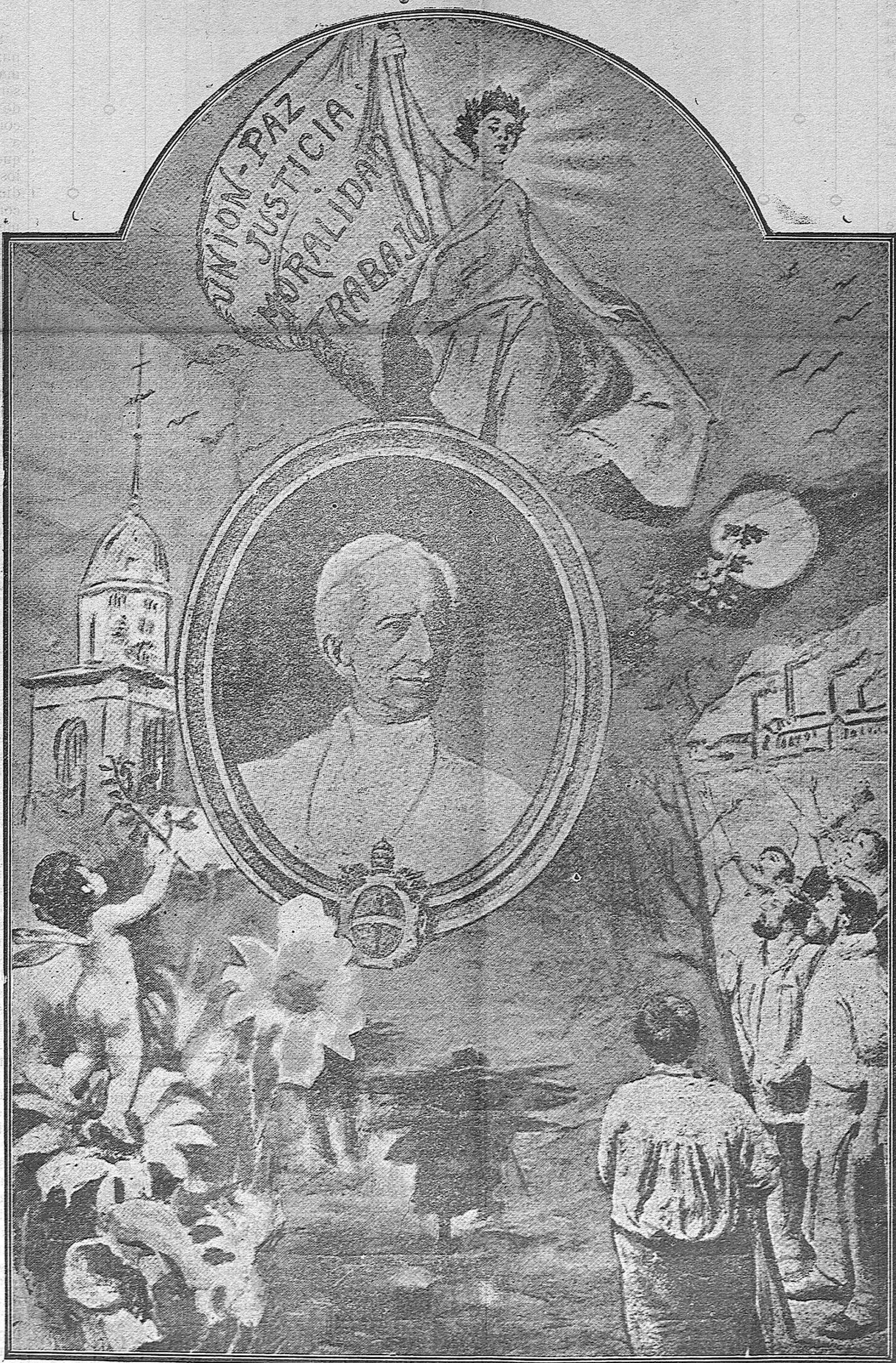
A LOS OBREROS CATÓLICOS

¡Compañeros! Al publicar por segunda vez este periódico, en conmemoración de la Encíclica «Rerum Novarum», de nuestro inolvidable Pontífice León XIII, llamado por todos el Papa de los obreros, y con ocasión de la fiesta del trabajo de los obreros católicos de esta localidad, la «Confederación de Sindicatos Profesionales Obreros» dedica un saludo desde estas columnas á todos nuestros queridos hermanos los obreros católicos de España y del mundo entero, saludo de fraternal cariño que nace de lo más íntimo de nuestro corazón.

Hoy, que en lucha fratricida e inhumana sucumben millares de hombres en los campos de batalla; hoy, que el plomo y el acero siegan innumerables vidas; hoy, que los hombres desoyendo la voz del Divino Maestro, la voz de Cristo Redentor del mundo, sólo piensan en destrozarse como fieras pretendiendo destruir todo lo existente; hoy, más que nunca, los obreros católicos debemos desplegar al viento nuestra bandera, la bandera de la sindicación católica obrera y, amparados por ella, orar bajo sus hermosos pliegues porque cesase cuanto antes esa horrorosa hecatombe que aterra al mundo y amenaza llegar entre el estruendoso crujir de los cañones, el terrible resplandor de los disparos y el brillar de las armas de combate, a la destrucción y aniquilamiento de la humanidad.

Lo que no pudieron alcanzar los eternos pacifistas, que pasaban el tiempo haciendo ver que a su voz de mando las masas proletarias se negarían a empuñar las armas; lo que no lograron los que cantaban, hasta enronquecer, la famosa Internacional, que bajó al sepulcro, destrozada por sus mismos adoradores, que al primer estampido del cañón empuñaron las armas, después de haberse hartado de gritar que no existían para ellos ni patria ni fronteras; lo que ellos no lograron, lograremos alcanzarlo los obreros católicos, haciendo llegar nuestra voz a las alturas, para que Dios Nuestro Señor tienda su mano divina sobre la tierra y haga de una vez cesar ese loco afán con que luchan por destruirse los unos a los otros.

Tremole, pues, triunfante y majestuosa la Bandera de la Sindicación Católica en este día de la Fiesta del Trabajo de



los obreros católicos burgaleses, y al cadular sus hermosos colores, reflejándose en ellos los rayos del sol por las hermosas calles de esta ciudad noble e hidalga de Castilla la Vieja, lleve en pos de sí el deseo que existe en todos los corazones de los obreros católicos burgaleses, que es el de que termine cuanto antes la terrible mortandad de la guerra europea, en que están empeñados casi todos los pueblos de la tierra.

Quiera Dios que de este día en que celebramos nuestra fiesta los obreros católicos y conmemoramos aquella hermosa fecha de la publicación de la Encíclica «Rerum Novarum» que nos legara nuestro llorado Pontífice León XIII como preciosa joya, nazca otro grandioso día que, cual aura de salvación, traiga consigo la paz al mundo, devuelva la tranquilidad a los hogares y una a tantos seres cuya separación se hace interminable; para que asilos obreros católicos del mundo entero, unidos todos como un sólo hombre, volvamos a organizar otra Internacional, pero de obreros cristianos, Internacional que jamás podrá dejar de existir, porque estará protegida por la bandera de Cristo, Salvador del Mundo.

GENARO MARTÍNEZ.
Obrero panadero.

PARA MIS HERMANOS
LOS OBREROS CATÓLICOS DE BURGOS

Cada vez que los obreros católicos de España celebramos una fiesta social, especialmente la llamada «Fiesta de los Sindicatos», multitud de ideas, a cual más hermosas y seductoras, acuden a mi mente.

Pienso que un acto así es siempre esperado con grande impaciencia, con verdadera ansiedad, con delirante anhelo, como si él trajese a nuestras almas la savia que las nutre, la alegría que las alborozaba, el sentimiento que las mueve.

Pienso que de la reunión de todos los obreros que comulgan en una misma idea y que se hallan animados de un mismo espíritu, surge pujante el entusiasmo, siendo un motivo para estrechar los lazos de compañerismo, fundiendo los corazones al soplo de la caridad y del amor.

Pienso, en fin, que es la mejor ocasión para transmitir los pensamientos y unificar las voluntades, que dan siempre por resultado el triunfo de nuestras armas, la coronación de nuestros ideales.

Y cuando esto pienso, otra idea bulle retozona en mi cerebro y vuelvo a pensar en lo que podría ser la reunión, no de individuos aislados en sus localidades, sino de todas las entidades católico-sociales de España.

Si un acontecimiento local arrastra a los hombres a la unión y llena sus corazones de ardimientos y esperanzas, constituyendo vigorosos grupos de combatientes, ¿cuál no sería el resultado que obtendría la reunión de todas esas fuerzas, organizadas y dispuestas como el más poderoso ejército?

Si la presencia de una sola bandera despierta los entusiasmos y enciende los corazones, llenándolos de amor y valentía, ¿qué efectos no produciría la vista de todas esas banderas unidas, bajo cuyos pliegues se cobijan nuestros hermanos los obreros católicos de España?

Hora es ya de que esa risueña y bella ilusión que hace años florece en nuestras almas, dé el más apetecido fruto de la realidad; hora es ya de que, cuantos militamos en las filas del catolicismo social, nos demos un fuerte abrazo, abrazo de hermanos en Cristo, y que con los ojos puestos, no sólo en la tierra, sino también en el cielo, nos lancemos a la conquista de nuestros ideales, arrancando al obrero de las garras del socialismo y del capitalismo, nuestros más implacables verdugos.

Que el acto realizado estos días por los obreros católicos de España sea el principio de una nueva era de regeneración social, que nos conduzca al triunfo, librándonos de la esclavitud y de la miseria.

JOSÉ MONTOYA
De los Sindicatos de Vitoria.

PLAGAS SOCIALES

En otra ocasión hemos escrito de los perniciosos efectos que produce el uso indebido e immoderado de las bebidas alcohólicas, y nunca será bastante cuanto se diga del odioso vicio de la embriaguez; pero conviene también hablar de las condiciones higiénicas de los establecimientos donde se expenden esas bebidas.

Constantemente está el obrero pidiendo disminución de horas de trabajo, alegando para ello como principal razón, el que, en ese tiempo que pudiéramos llamar de asueto o descanso, tiene necesidad el trabajador de oxigenarse, de reponer sus fuerzas, de ilustrarse y de tener más sociedad con la familia.

Ahora bien: ¿Es eso lo que practica el obrero en general, y el empleado, después que termina sus tareas cotidianas? Desgraciadamente, no.

Así, vemos infinidad de estos seres que el primer paso que dan a la hora del cese en los trabajos, sobre todo por las tardes, es camino de la taberna, en donde muchos permanecen hasta la hora del cierre, once de la noche por lo menos.

A esa hora se van a cenar ¿cómo estará la cena! ¿Y la familia? ¿Y el descanso? ¿Y el oxígeno? ¿Y la ilustración?

No creo que haya quien diga que, en establecimientos reducidos (la mayor parte de ellos lo son) y llenos de gente, se descansen, ni se encuentre aire puro para vigorizar los pulmones; no creo que este sea el mejor medio de hallarse en buenas condiciones de trabajar al día siguiente, ni mucho menos el sitio adecuado para una sana instrucción.

Todos sabemos que hay establecimientos de esta clase, donde la higiene, que tanto se invoca hoy para evitar enfermedades, no se halla por ninguna parte, y entre trago de claro y de tinto etc., llega al estómago y al pulmón el veneno que, poco a poco, da al traste con el individuo, arrastrando tras de sí a su desventurada familia.

Estimo de sumo interés que las sociedades obreras se percaten de esto; que inculquen continuamente a sus asociados la gran conveniencia de permanecer poco tiempo en los locales donde no se adquieren sino vicios y enfermedades, y que se castigue con rigor a los incorregibles, expulsándolos, si es preciso, de la sociedad; al mismo tiempo que instando a la Autoridad para que corrija defectos de tanta trascendencia.

CELEDONIO CALZADA.

OJEADA RETROSPECTIVA

REGENERACIÓN

Cuando contemplo el sol una de esas lozanas y alegres tardes de la estación en que ahora vivimos; cuando veo sus refulgentes rayos palidecer y semiapagados inclinarse hacia su ocaso como cansados ya de seguir alumbrando a nuestra anchurosa tierra, a la vez que el cotidiano crepúsculo empieza a regalarnos su melancólica luz; observando a la tierra que sigue impasible y muda ante todo este mar de cosas sublimes; cuando veo a las muchedumbres que sin inmutarse contemplan ese misterioso cambio... me acuerdo de mi Patria. ¡Oh, España, que grande fuiste!... ¡Por qué ahora eres menos grande?

acabado modelo de sabiduría, al inspirarle la hermosa composición a la Virgen, *Las Cantigas*, y las no menos importantes obras *Dos querrelas*, la *Grande e general estoria*, las Tablas astronómicas, Las Partidas, etc., del mismo modo que alentó a los intrépidos e inolvidables Reyes Católicos, para que llevasen a feliz término la importante obra de la unidad nacional, expulsando de nuestro anadado suelo a la infiel morisma.

¡Doctrina sublime! que hiciste no desesperar a un humilde hombre, que después de algunos años había de ser tenido como de los más esclarecidos sabios, a Cristóbal Colón, al ilustre genovés (español según algunos) el cual después de transcurridos amargos días de navegación, lo primero que hizo al llegar a la deseada tierra, fué clavar en las rojas y tostadas playas del nuevo mundo el castellano estandarte rematado

embargo, existen hombres en el mundo, quizá en España, que se ufanan y hacen alarde de apagar las luces del cielo, existen hombres que se han impuesto la inicua tarea de pulverizar la idea de Dios en los infantiles corazones, arrancar los crucifijos de las escuelas y salas de justicia, y con ello llevar la ruina y desesperación a los más cultos pueblos del Mundo.

Mirad, honrados obreros burgaleses: ésto se pretende hacer en nuestra Patria a trueque de los incontables beneficios a nosotros y a nuestra gloriosa España concedidos. Políticos groseros y sin conciencia nos quieren llevar a la ruina de esta manera y nosotros ¿permaneceremos cruzados de brazos dejando que las masas obreras sean engañadas por cobardes e insensatos vividores?

Para evitar ésto, para no dejar que nuestra España sea arrastrada

Bandera de la Confederación.



Anverso

Registrad cualquier biblioteca, tomad en vuestras encallecidas manos una historia, pasad vuestros cansados ojos por sus largas páginas.

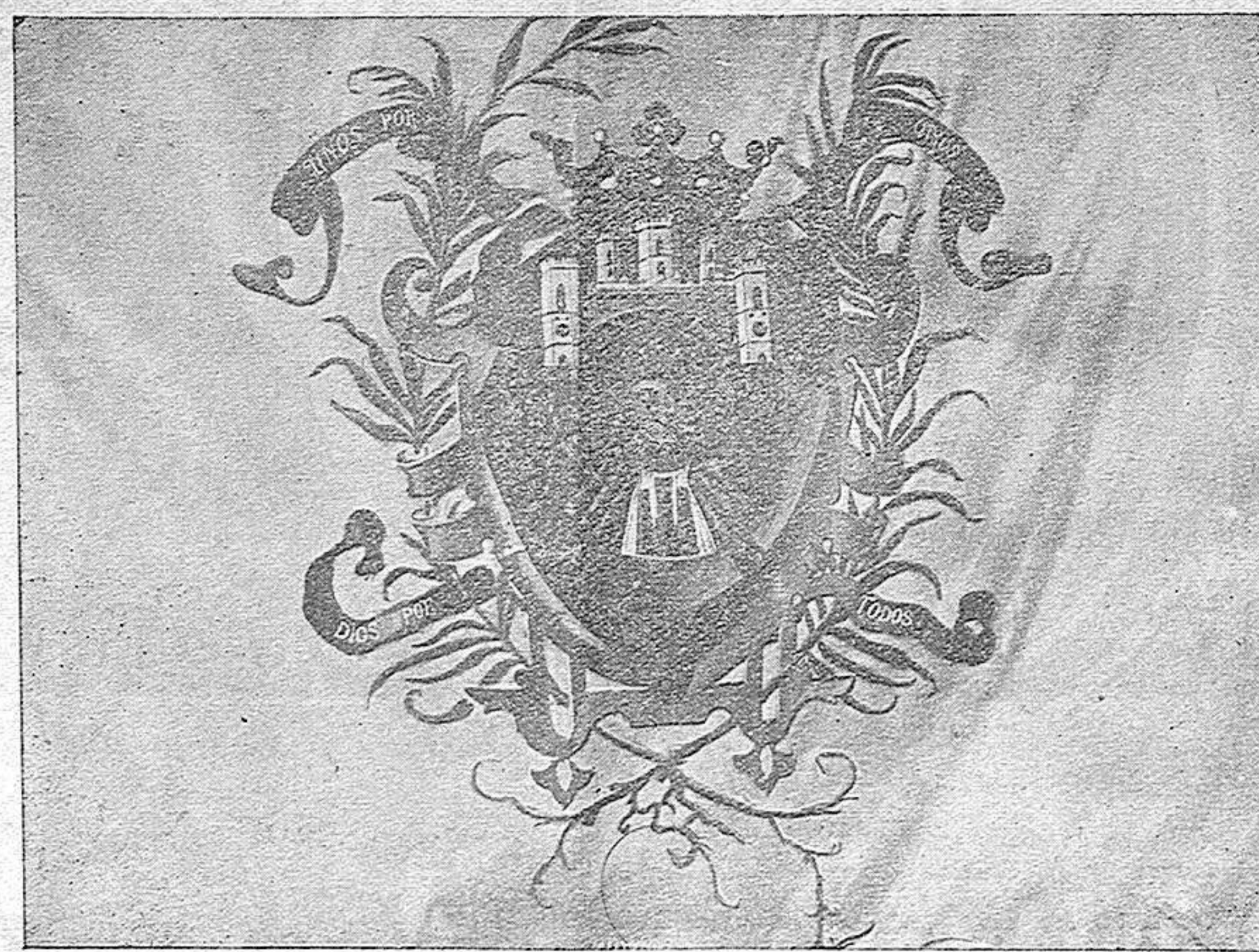
Solamente abrir la historia y seguir paso a paso el constante y progresivo desarrollo, que durante los diferentes periodos de la vida ha tenido nuestra idolatrada Patria, podemos observar que la Iglesia Católica, esa sociedad perfectísima que formó siglos atrás el Todopoderoso y Supremo Maestro, ha influido notoriamente sobre el continuo desenvolvimiento de nuestra España.

con la invencible cruz, y con los ojos fijos en ese remate y el pensamiento en los cielos, entonó un canto en acción de gracias.

Tú ¡oh religión divina! fuiste el motivo de que rodasen en confusos y humeantes escombros, las estatuas de los groseros dioses. Tú ennobleciste y modificaste el bajo y desconsolador criterio en que la mujer yacía. Tú hiciste que cesaran los terribles sufrimientos físicos y morales de que era objeto el antiguo obrero, y le colocaste en el honroso puesto que hoy ocupa, que contras-

y pisada por nuestros indoctos enemigos, para evitar que la Patria del héroe de Vivar, de Cisneros, de Fernando e Isabel, del inmortal Manco de Lepanto y de otros muchísimos que sería prolijo enumerar, sea atada de pies y manos y obligada a seguir caminos distintos que los marcados por estos apuntados héroes de la pluma y de la espada, es preciso que haya una unión interna de católicos de buena fe, no hipócritas; es preciso prepararse, jóvenes católicos, y disponernos a librar costosas batallas en la prensa, en la tribu-

Bandera de la Confederación.



Reverso.

Su admirable doctrina fué la que alentó en sus colosales empresas, al invicto burgalés Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el *Cid Campeador*, el prototipo del valor, de la lealtad y del heroísmo Castellano, el guerrero más grande y el caballero más cumplido de todos los muchos con que contó nuestra Patria, el cual ha sido asombro del mundo, gloria de España, honra de Castilla y orgullo de Burgos.

La misma doctrina alentó al memorable Alfonso VIII y a D. Rodrigo Jiménez de la Rada, para que llevasen a cabo la famosa hazaña de las Navas.

La Iglesia hizo de Alfonso X un

ta con el de aquellos tiempos en que era objeto de desprecio, de burla y hasta de odio, llegando al inculcable extremo de arrojarle á las ensangrentadas arenas de los circos, para ser horriblemente destrozado por las fieras, siendo considerado más bien como una cosa, que como un ser racional e inteligente.

En una palabra, la magnánima Iglesia con su noble influjo, marcó los derroteros que todos los pueblos y naciones habían de seguir, norma a que se tendrán que sujetar las presentes y futuras generaciones.

Pues bien, todos estos beneficios no son más que un pálido reflejo de los concedidos por la Iglesia y sin

na y si es preciso... en las urnas.

Y así, defendida España por católicos y en especial por burgaleses, que parece que con estar en uno de los puntos más altos de Península, tenemos la obligación de velar por la religiosidad de otras regiones, se la pueda ver con el esplendor que la religión la proporcionó en pasados tiempos de la misma manera que las continuas y cristalinas corrientes de aguas dulcifican y hacen germinar las sanas semillas esparcidas sobre nuestros cultos y amados campos de Castilla.

JULIO MARTÍNEZ PALACIOS.
De la Juventud Social.

FE... Y AMOR

Mi pluma tiembla ante el papel y mi corazón palpita de alegría... Hay algo extraño que me dicta y alienta; gusanillo hermoso que dirige mi pensamiento y que yo he de denominar gratitud.

Bendita tú mi sindicación católica social que haces de las almas un ramillete y que se congregan para el bien; ampáralos, mi Dios, que ellos son los más humildes, los hijos del trabajo... que en la Cruz tienen puestas sus esperanzas; son tus hijos más pequeños y son tus predilectos, son chiquitines, nadan valen, y qué grandes que son ante tus ojos.

Burgos, Burgos... sus obreros... son para mí algo de mi ser y olvidarlos no puedo; ellos celebran con entusiasmo la fiesta de la Encíclica; ellos honran la memoria de nuestro nunca bien llorado Padre León XIII, y ellos son los que me piden estas líneas, en donde van mis entusiasmos, pidiendo al Cielo laboren sin cesar como hasta aquí, pues qué grandes son los pequeños pechos que albergan la Fé y el Amor... y se entusiasman por el bien del semejante.

JOAQUÍN HERRAZ.
De los Sindicatos de Madrid.

MI REBELDÍA

Soy un rebelde, lo confieso ingenuamente, pero un rebelde a mi manera, un revolucionario en el sentido de luchar en nuestro campo de la sindicación católica obrera, contra la inercia y el indiferentismo a que algunos se han entregado; que los que nos hemos cobijado bajo los pliegues de la bandera de la sindicación católica, contrajimos un compromiso, prestamos un juramento, prometimos un sacrificio ingresando en este ejército de voluntarios para cumplir todos, absolutamente todos, con los dictados de nuestro sublime ideal, para ser verdaderamente propagandistas y revolucionarios católicos.

Porque no es revolucionario solamente aquel que figura en un partido político cuyo programa está encabezado con esa palabra que tanto asusta a los espíritus débiles y que, como a los niños el fantasma del *coco*, se apodera de ellos y les convierte en insensibles maniqués, para recreo del primero que llegue.

Mi rebeldía ha nacido ante la burla criminal, canallesca, irritante que de las masas obreras se hace, no solamente en España, sino que también en el extranjero, por aquellos que en el libro de sus doctrinas llevan hipócritamente escrita la palabra *Fraternidad*; ha nacido ante el equívoco proceder de esa numerosa legión de *redentores* de la clase trabajadora, ante esos *patriotas* de nuevo cuño, que hoy, al ruido de los cañones, se acuerdan de que existe una nación que es su patria y ayer, porque así les convino para engañar a las masas, negaban su existencia.

Mi rebeldía es protesta ante esas hojas volanderas que llevan el sobrenombre de prensa periódica, desde donde se vierte todo el veneno que ha de servir a los directores del partido socialista para engañar a las masas obreras; donde se defienten teorías ridículas; donde la fantasía de un escritor, alejado del pueblo obrero, desconocedor de sus necesidades, sienta plaza de sociólogo y llena diariamente cuartillas y más cuartillas, proponiendo programas absurdos y fomentando de paso el odio entre los de abajo.

Mi rebeldía se alza contra los gobernantes que abandonan el cumplimiento de las leyes dictadas por ellos mismos y el estudio de otras nuevas necesarias, para emplear toda su energía, toda su inteligencia en defender contra viento y marea sus poltronas ministeriales; se alza contra los gobernantes que, por halagar a la fiera, quieren o hacen que quieren que desaparezcan del corazón del niño las enseñanzas del Cristianismo y se oponen a medidas tan justas como el aumento de la dotación del Clero, que no alborota, mientras que las cajas de los ministerios están siempre abiertas para tapan la boca de los alborotadores, para llenar el estómago de los amigos y para facilitar su labor anti-

trifolia a los malos españoles ex-
tranjerizados.

Mi rebeldía se hace más fuerte, adquiere más energía, ante aquellos de nuestros compañeros que se dejan embaucar por los eternos vividores, ante los que se avergüenzan de declarar públicamente sus doctrinas, ante los que desamparan a la prensa católica, ante los que estando en las filas del sindicalismo católico obrero estorban con su dejadez y apatía la labor de los decididos y esforzados y, finalmente, ante los que, en este o en el otro campo, no buscan el triunfo de nobles ideales, sino el disfrute de algunas mezquinas ventajas y beneficio.

Esta es *mi rebeldía*, nacida en el alma de un obrero sindicalista católico.

JULIO RODRIGO.
Del Sindicato de Tipógrafos.

Nuestra nave social

Cual esquife que rápido cruza los mares al soplo de un favorable viento, así también el Sindicalismo católico va recorriendo veloz los continentes todos, dejando siempre en pos de sí una estela brillante que al reflejo del sol hiera con sus destellos el alma y el corazón de cuantos contemplan su carrera triunfal y progresiva.

Fué lenta su marcha en los comienzos, mas impelida suave y dulcemente por las brisas de la Iglesia católica; y guiada sabiamente por el inolvidable y llorado timonel del catolicismo que se llamó León XIII, ayudado y secundado posteriormente por unos buenos marinos y pilotos de la acción social cristiana, pronto esta nave alcanzó la velocidad debida a esfuerzos tan poderosos.

Hoy, ya con mar de bonanza, marcha veloz, ligera, avanzando siempre, guiada por la estrella de la fe y la verdad y conquistando en todo el haz de la tierra, cual otras carabelas de Colón, nuevos territorios, para implantar en ellos la señal del Crucificado y sembrar al par su fructífera y saludable semilla, que algún día habrá de producir el fruto tan apetecido y anhelado.

Y nuevos y numerosos marinos solicitan con el alma y el corazón un puesto en esa nave para emplear en ella la fuerza vigorosa de sus brazos en el remar constante y azaroso que requiere la dura y terrible travesía, haciéndola salvar en su marcha los escollos y arrecifes que tratan de obstruir con sus rocosos picos el camino de esa bendita nave salvadora que se llama «Redención».

¿Qué lleva esa nave? Un mastil de cuya punta pende la airosa bandera de su noble matrícula, con los sacrosantos lemas de *Justicia y Caridad*.

¿Cuán bellas palabras y cuanto significan!

Dentro de sí, cual preciado cargamento, guarda en sus arcanos las obras de verdadera y franca redención de todos los proletarios del mundo, a los cuales guía segura por los más abiertos y francos derroteros, a fin de que algún día lleguen todos al punto final de su viaje como errantes y cansados peregrinos que, después de su constante y duro batallar en la lucha de la vida, hallen por fin el lugar deseado del eterno reposo, donde descansen para siempre de la fatigas y penalidades de este valle triste de amarguras y de engaños, con la firme convicción de que a su paso por el mundo han cumplido como buenos hijos los consejos y enseñanzas de la madre querida que adoraron.

¡Siempre adelante; nave querida! Sigue veloz tu marcha, que al par que vas navegando, tus marinos y pilotos redoblan su esfuerzo y valor para conseguir que tu preciado cargamento llegue por fin al puerto seguro, libre ya de todos los *abordajes y temporales* que te han acechado desde que por vez primera surcaste las revueltas ondas del mar de la vida, cuya negrura se vió acompañar del traidor *aquilón*.

¡Iza tu enseña! ¡Hurra los marineros! ¡Orza, timonel!

¡¡Avante!! ¡¡Siempre adelante!!

¡Así grita el último de tus grumetes!

¡¡Avante, barquilla mía!! ¡¡Avante!!

L. SANTAMARÍA.
Obrero tipógrafo.

LAS FALSAS IDEAS

Es evidéntísima la gravedad del problema social conforme le plantean los «corifeos» del socialismo; esos modernos redentores de la humanidad proletaria que, con su loca fantasía doctrinal, llevan camino de sumir al pueblo descreído en la más horrible depauperación.

Y desgraciados los seres que, apartados de la idea de Dios, se dejan arrastrar por esa ola de impiedad, y, subyugados por tentadoras doctrinas, hijas de cerebros enfermos, corren presurosos al abismo de su perdición.

¿Qué causas inducen a tanto desgraciado a seguir ese camino lleno de abrojos que solo desesperación, odio y miserias puede repararle?

La firme persuasión que su débil cerebro ha formado de las sofisticadas teorías que el «loco de Ginebra» y otros secuaces, inculcaron a la humanidad. Las palabras aduladoras y embusteras que tanto vividor desahogado va inoculando en su inex-

nombre de Dios, en nombre de la sociedad que pelagra: Tratad poderosos de la tierra, tratad de reprimir las ideas, o estamos perdidos».

¿Cómo negar que estas son causas principalísimas del malestar social que padecemos, sobre todo en la clase obrera? Ni tendrá solución, mientras en el mitin y en el libro se consienta la difusión de esas ideas que embrutece y hacen a los pueblos miserables apóstatas, mientras no logremos los católicos dar al traste con las infames doctrinas que destrazan el alma llenando de odio el corazón.

¡Pobre obrero! ¡Infeliz descreído! Odias la religión, recelas sindicarte en católico; no porque la religión sea una rémora, un obstáculo para obtener mejoras y reivindicaciones; sino porque es un freno contra las pasiones que en tí bullen, porque no te avienes a los padecimientos de la tierra con la esperanza en eternos goces, y quieres desear la idea de un Dios justiciero para gozar de los deleites materiales en el banquete de la vida. Quieres

práctica de las doctrinas del Redentor de la humanidad, Cristo Jesús, puede encontrar.

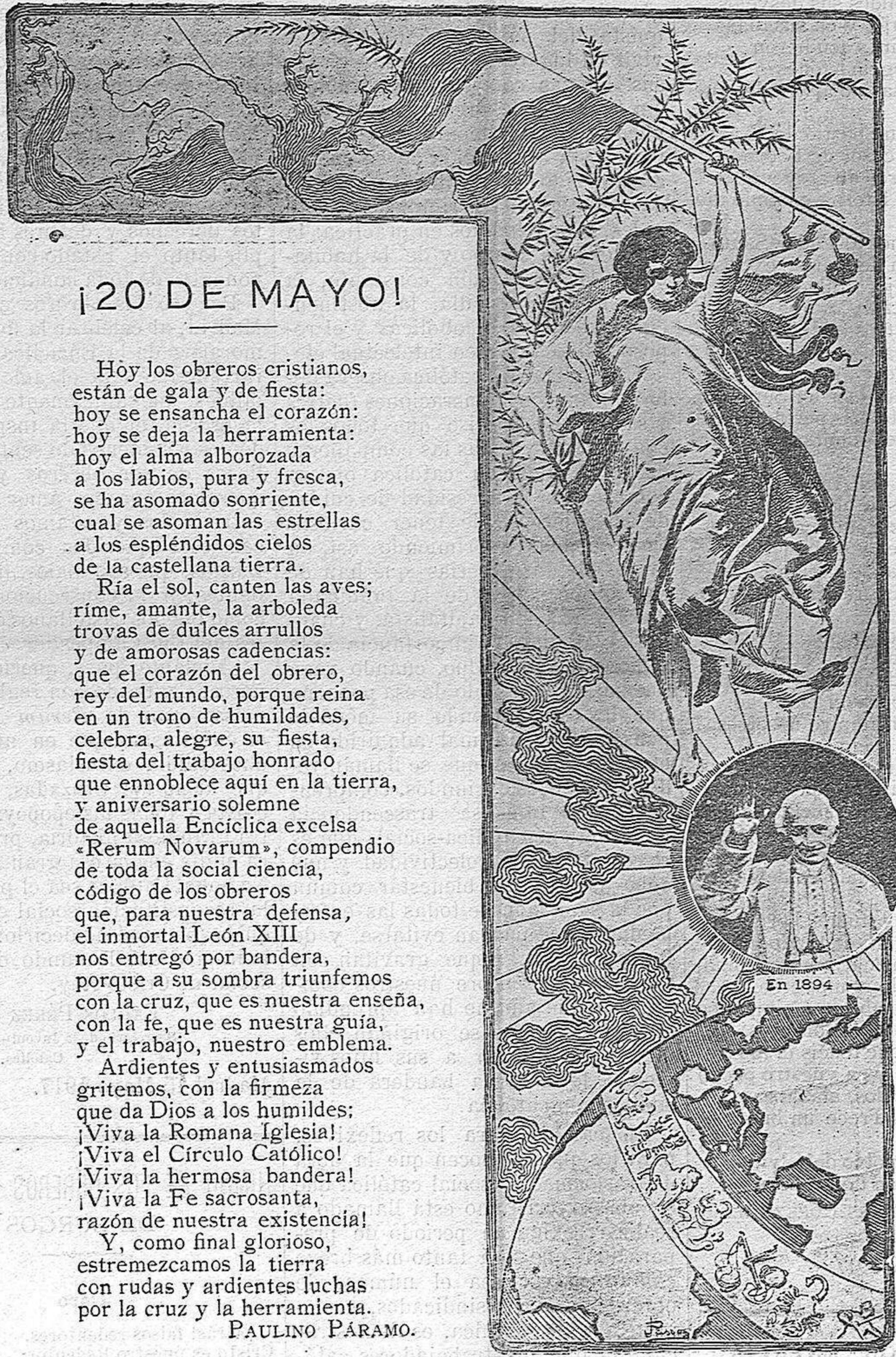
SANTIAGO MARTÍN-Z
De la Juventud Social.

LABOREMOS

Cediendo a reiteradas indicaciones, voy a emborronar unas cuartillas para nuestro periódico extraordinario.

Para que las fecundas obras que el catolicismo social va creando, produzcan los resultados que son de desear, hace falta que hagamos obra social en los Sindicatos católicos de obreros.

No basta pertenecer a ellos y pagar las cuotas señaladas, esperando la ocasión propicia de disfrutar de los beneficios consignados en el Reglamento. Hace falta que todos trabajemos de común acuerdo en el amplio campo de la sindicación cristiana.



¡20 DE MAYO!

Hoy los obreros cristianos,
están de gala y de fiesta:
hoy se ensancha el corazón:
hoy se deja la herramienta:
hoy el alma alborozada
a los labios, pura y fresca,
se ha asomado sonriente,
cual se asoman las estrellas
a los espléndidos cielos
de la castellana tierra.

Ría el sol, canten las aves;
ríme, amante, la arboleda
trovas de dulces arulllos
y de amorosas cadencias:
que el corazón del obrero,
rey del mundo, porque reina
en un trono de humildades,
celebra, alegre, su fiesta,
fiesta del trabajo honrado
que ennoblece aquí en la tierra,
y aniversario solemne
de aquella Encíclica excelsa
«Rerum Novarum», compendio
de toda la social ciencia,
código de los obreros
que, para nuestra defensa,
el inmortal León XIII
nos entregó por bandera,
porque a su sombra triunfemos
con la cruz, que es nuestra enseña,
con la fe, que es nuestra guía,
y el trabajo, nuestro emblema.

Ardientes y entusiasmados
gritemos, con la firmeza
que da Dios a los humildes;
¡Viva la Romana Iglesia!
¡Viva el Círculo Católico!
¡Viva la hermosa bandera!
¡Viva la Fe sacrosanta,
razón de nuestra existencia!

Y, como final glorioso,
estremecemos la tierra
con rudas y ardientes luchas
por la cruz y la herramienta.

PAULINO PARAMO.

periencia social. El apartamiento que la clase obrera (sobre todo la juventud) hace de la religión, por el falso concepto que se ha formado de la libertad que le predicán, creyendo (porque no la conocen) que la religión esclaviza, cuando es la que redime, y que la libertad que ellos proclaman redime, cuando es la que esclaviza, porque hace al hombre esclavo de su soberbia, que engreída con utópicas ilusiones quiere lograr por su cuenta en este mundo de miserias, la felicidad que solo a Dios le es dado conceder. Las ideas; las falsas ideas que hacen del obrero un desgraciado, inculcándole el odio a la Iglesia, libertades, derechos, igualdad, y otras mil doctrinas imaginarias, todas ellas odiosas y llenas de despecho, pero que ni le enseñan deberes ni previsión, dejándole en el arroyo sumido en la más horrenda abyección, esperando la revolución que le redima y le saque del caos en que le sumieron sus doctrinas, las falsas ideas, aquellas que hicieran exclamar con angustia a un eminente escritor católico: «En

violar los designios inescrutables de la Providencia, y contra ella te rebelas, negando la vida espiritual, y queriendo constituirte en miserable fisiócrata».

Los católicos tenemos el deber de contrarrestar por todos los medios, el periódico, el mitin, y la acción individual y colectiva; esas funestas doctrinas, que hacen de nuestros hermanos unos desgraciados y de la sociedad un semillero de odios y ambiciones.

¡Obreros católicos! al conjuro de esta espantosa guerra que asquea al mundo, al estampido de la metralla que ensordece, ante los ayes lastimeros de tanto desgraciado que sucumbe, debemos hacer juramento de fidelidad a nuestras ideas, para terminar con ese odio feroz que hace al mundo desangrarse, ayer en horribles revoluciones y revueltas, hoy en espantosa y cruel guerra; para que a la hora bendita de la paz, cansado el mundo de tanta lucha, vuelva los ojos al Cielo para impetrar el bienestar moral y material de los pueblos, que sólo en la

Estamos en unos tiempos en que no es posible dejar pasar desapercibidos los importantes problemas que en la actualidad se suceden, y es necesario estar aptos y prevenidos para hacer frente con el mayor éxito posible a nuestros numerosos enemigos, siendo preciso para ello que tanto los encargados de regir los Sindicatos como los soldados de fila prestemos un verdadero amor por el sindicalismo social católico.

Es de absoluta necesidad que todos los obreros católicos dejemos a un lado personalismos y egoísmos, laborando tan solamente por el bien común, sacrificando para ello algo en recreos y esparcimientos, en la seguridad de que to los cuantos esfuerzos realicemos en este sentido nos serán provechosos y servirán para que un día la *Bandera Sindicalista Católica* cobije bajo sus pliegues al mundo proletario.

Para conseguir ésto, es preciso luchar titánicamente contra muchas perniciosas consecuencias de la relajación social, como son: la deplorable ignorancia en que estamos su-

midos los obreros, que tantos estragos causa en nuestra clase, poniendo a algunos casi al nivel de las bestias de carga; contra el tiránico egoísmo capitalista y la inicua explotación, impropia de naciones civilizadas; contra los extravíos causados por las insensatas predicaciones de las escuelas revolucionarias y ateas, que atrofian los cerebros débiles, inculcándoles odios y rencores, arrancándoles del corazón los sentimientos nobles y humanitarios, logrando con dichas predicaciones la ausencia de esos ideales nobles y sentimientos cristianos, que son los únicos que elevan al hombre hasta su Creador.

¡Imitemos al obrero Cristo! y no retrocedamos ni un ápice en la labor que hace años ha emprendido este Círculo Católico de Obreros. Hagamos grandes sacrificios, que bien se lo merece esta labor tan fecunda, para que mañana recojan sus frutos maravillosos nuestros hijos.

El socialismo alardea de ser defensor de los trabajadores, pero no lo es, antes les ha causado pérdidas incalculables; y el desarrollo que ha alcanzado en España, es debido en gran parte al favor que le han dispensado los Gobiernos, pues los socialistas, con la mayor astucia, han ido tomando posiciones para llegar a monopolizar la representación de los trabajadores en todas las Corporaciones oficiales, y los Gobiernos, lejos de oponerse a su avance, han ido dándoles facilidades e impidiendo con sus desafortunadas disposiciones que el sindicalismo católico ocupe el lugar de preferencia que le corresponde.

¡Obreros católicos! hoy más que nunca debemos demostrar que somos una sola masa de hombres unidos, sin distinción de grupos y sin política encumbradora de unos cuantos, ávidos sólo de proclamar las excelencias del catolicismo social, que ha de romper las cadenas de la esclavitud socialista.

¡A trabajar, todos juntos! para que siga su creciente desarrollo la movilización proletaria católica y detenga en su empuje la mano osada del socialismo ateo.

Este es mi último ideal que abraza mi humilde sentir.

MARCIANO GUTIÉRREZ CALLEJA.
Del Sindicato de Dependientes
de Comercio.

SEMILLA BIENHECHORA

El corazón del obrero católico debe sentirse rebosante de júbilo y entusiasmo, cuando palmariamente ve cómo la semilla esparcida por el Divino Maestro por todos los ámbitos de la tierra, crece y fructifica tan abundantemente, que aun siendo arrojada muchas veces en campos yermos e infecundos, al impulso de hombres ilustres y sabios propagandistas católico-sociales, se ha convertido en frondosísimo árbol que extiende su ramaje por todo el orbe.

De entre los adalides de la causa social-católica, descuella y destácase una figura de rostro venerable, cuyo nombre será imborrable en los anales de la Historia. Y esa figura ¿sabéis cuál es? Es la del inmortal Pontífice León XIII, que se captó las simpatías del proletariado y se hizo acreedor al honroso título de «el Papa de los obreros», por hacer renacer la calma, con sus sabias doctrinas, entre el capital y el trabajo, y esparcir la semilla bienhechora por todo el mundo por mediación de su Encíclica *Rerum Novarum*.

Lanzó al mundo su Encíclica el inmortal Pontífice como baluarte de defensa y redención de la clase proletaria, procurándonos con ella protección y amparo, poniendo de relieve, a la vez, la manera de regir y defender los intereses morales y materiales, dentro de la sociedad, con toda justicia y legalidad.

Con su sabia y santa Encíclica dió luces esplendorosas al obrero cristiano y marcó la pauta y derrotero que había de seguir para salir de las tinieblas y abismo en que hasta entonces había estado sepultado y llevar a cabo el triunfo del ideal católico-social, que tan anhelado y deseado era de las naciones y pueblos.

Esas doctrinas fuéronse dilatando y propagando extensamente, atravesando fronteras, formando hoy día con sus seguidores ejércitos fuertes y valerosos, que ostentian en su

corazón el ideal santo y bello, que en la Santa Iglesia Católica encuentra su cimentación, como que la Iglesia Católica es la única auxiliadora del obrero, del necesitado, del débil, del desamparado.

Así, pues, honrados y satisfechos nos sentimos los que aunamos nuestros esfuerzos para combatir bajo su enseña, que es la de la Cruz, que siempre sale triunfante y vencedora en las luchas que sostiene contra sus furibundos e inconscientes enemigos.

Rindamos, pues, obreros católicos-sociales de Burgos, homenaje de tributo y veneración a aquel sabio Pontífice, en señal de respeto y sumisión, como seguidores fieles de sus santas doctrinas, regeneradoras de la clase proletaria y fomentadoras de los hogares, intereses y familia cristianos, dedicando un día a conmemorar la publicación de tan preciada Encíclica, día en que manifestemos nuestros ideales públicamente, día en que con fraternal hermandad comuniquemos nuestros anhelos y aspiraciones con nuestros consocios. Y ese día es el que los obreros católicos denominan «La Fiesta Católica del Trabajo».

TEÓDULO NEBREA.
Obrero tipógrafo.

¡Adelante, obreros!

El sindicalismo obrero católico avanza y, si no desmayamos, lograremos alcanzar lo que nos proponemos, es decir: congregar bajo la bandera católica a las innumerables masas obreras.

En Asturias, en Vizcaya y en otras regiones de nuestro suelo viven aún engañados muchos hermanos nuestros, acogidos a esas ferrenidas Casas del Pueblo, que no son tales casas del Pueblo sino casas de explotación, adonde van los obreros a dejar parte de su misérrimo jornal, para que unos cuantos vividores se lleven vida ociosa y regalada.

Hay que desengañar a esos pobres hermanos.

El sindicalismo católico avanza pero aún nos queda mucho por hacer, aún hemos de acometer grandes y esforzadas empresas.

¡Adelante, pues! no desmayemos; a preparar nuevos paladines de esta causa santa, aunque en nuestro camino seamos víctimas de las patrañas y de las calumnias de nuestros enemigos. Que cada uno de nosotros arrastre tras sí por lo menos a una docena, única manera de librar al obrero de las feroces garras de sus opresores.

Pedro Hortiguéla.
De la Juventud Católico-Social.

A LAS JÓVENES SINDICADAS

Sería descortesía imperdonable no dedicaros a vosotras, entusiastas y decididas jóvenes sindicadas, un cariñoso saludo en este periódico extraordinario, dedicado por completo a nuestra fiesta obrera.

Acabais de darnos una espléndida prueba de vuestro espíritu social.

Agrupadas cabe a vuestra bandera, en número de más de doscientas, acompañasteis triunfalmente por las calles de la ciudad la imagen de nuestro Santo Patrono en el día de su fiesta, demostrando cumplidamente al pueblo de Burgos que también vosotras abrazáis resueltamente la santa causa que a tantos obreros católicos nos ha agrupado bajo el salvador lema de «Justicia y Caridad».

Bien venidas seais a nuestro campo, en el que os habéis presentado, no como noveles luchadores, sino en guisa de huesles aguerridas, a tambor batiente y banderas desplegadas.

¡Y qué grande y cuán hermosa es la obra que podéis vosotras realizar!

Ángeles de paz en el hogar doméstico, sois ahora la alegría, el consuelo, acaso el sostén de vuestros padres, el dulce consejero de vuestros hermanos; mañana, las fieles y desinteresadas compañeras de vuestros maridos, los ángeles tutelares y educadores de vuestros hijos; siempre lo más delicado, lo más sensible, las de más cimentado ascendiente en vuestras familias.

¡Cuánto no podremos esperar para

nuestra causa, para la sindicación católico-obrera, si vosotras la tomáis con decisión por vuestra cuenta!

Justo es, pues, que saludemos con el más vivo entusiasmo vuestra aparición en nuestras filas y que por esa decisión de que ya nos habéis dado una prueba tan patente os felicitemos y nos felicitemos.

¡Animo, jóvenes católicas sindicadas!

Que a ese primer paso sigan otros muchos, hasta que logréis con vuestro ánimo esforzado el triunfo completo de la sindicación católica y, con él, la reivindicación de todos vuestros derechos y el bienestar, respeto, consideración y cariño a que sois acreedoras.

TERESIANO VALLEJO.
De la Juventud Social.

¡LEÓN XIII!

ESTE que veis en traje de Pontífice, Con cara de bondad, siempre risueño, Veintiseis años gobernó a la Iglesia, Y nos amaba mucho a los obreros, De noble estirpe y corazón más noble, Dedicó a los humildes sus desvelos, Dignificó el trabajo, y en sus días De todos los confines acudieron Al Vaticano peregrinaciones Las más grandiosas de apartados pue-

bllos, Como la obrera que partió de España Para rendir al Sucesor de Pedro Veneración millares de creyentes, Que en la Ciudad Eterna ejemplo die-

ron De sumisión y amor al Padre Santo Por la publicación de aqese excelso Cógido del Trabajo, titulado *Sobre el estado actual de los obreros*, Hace ya cinco lustros el día quince De este mes de las flores y los besos, En que todo sonríe y todo canta Himnos de gloria al Hacedor Supremo, En que la brisa está más perfumada Por la albahaca, el tomillo y el can-

tueso. Y hasta la Madre del Amor Hermoso Se eleva en nimbos de oloroso incienso. Durante su feliz Pontificado A él acudían Reyes y Gobiernos, Sometiendo a su laudo sapientísimo Las cuestiones más graves de los pue-

bllos, E Italia misma le es también deudora De la paz concertada con el Negus; Porque a su grande caridad cristiana Hermanó la Justicia y el Derecho. Su título de gloria entre nosotros, Aparte la realza y el respeto Como Representante acá en la tierra Que fué de Jesucristo, el que le dieron Todos los que a la acción social católica Dedicán alma, voluntad y esfuerzos; Por el tesón que puso en auxiliarnos, Por la constancia grande en defender-

nos, Por el afán con que estudió el problema De la cuestión social, dictando luego Su sabia Carta-Encíclica magnánima, Admiración de todo el universo, Mereció el sobrenombre tan simpático De Papa redentor de los obreros. ¡Trabajadores, que tenéis el alma Saturada de amor, y en vuestro pecho Guardáis, agradecidos, alabanzas: Para el gran León Trece un buen re-

cuerto, Una oración, y el polvo del olvido No llegue al corazón de los obreros! ANDRES LOPEZ PAZ.
Tipógrafo

Madrid, Mayo de 1917.

LA FIESTA DEL TRABAJO

Sindicación, Inteligencia, Bondad, Salud.

Todo el mundo reconoce que los Sindicatos profesionales obreros católicos tienen el gran mérito de provocar en la clase obrera una verdadera germinación intelectual: el obrero que indistintamente, y por un conocimiento forzosamente incompleto de la ciencia social y de los principios de la sindicación católica, se asocia en uno de los sindicatos de su profesión, quiere conocer, por lo menos, las bases esenciales del programa de la sindicación católica obrera; estudia, reflexión, desarrolla su inteligencia. Desde este punto de vista, se puede afirmar que la sindicación católica obrera es verdadero partido intelectual.

Pero para ser sindicalista católico obrero en toda la extensión de la palabra, no basta poseer ciertos conocimientos científicos de su profesión, es necesario también aplicar todo el desarrollo intelectual al servicio del sentimiento de bondad. ¡No queremos que en nuestros sin-

dicatos profesionales católicos los hombres sean naturalmente buenos? La práctica de la bondad dará, para dicha de todos los obreros de nuestros sindicatos, resultados que no podemos ni soñar. Es, pues, católicamente lógico que nos esforcemos desde ahora, (aun cuando las circunstancias nos son desfavorables), en ser buenos, para dar al mundo entero una idea de lo que será la sindicación católica obrera.

Bien comprendemos los obreros católicos que estos sentimientos no se improvisan ni dependen de nuestra sola voluntad. Lo que más contribuye al desarrollo de la bondad es la salud. Todo buen obrero católico debe, pues, cuidar su salud, la de los suyos, e interesarse en general por la de todos. No hay mejor manera de favorecer la percepción de ideas sanas, de concepciones justas, de sentimientos generosos, que dar a nuestro cuerpo su desarrollo integral, procurándole una vida normal, en lugar de los sufrimientos que proporciona una existencia enfermiza.

Los trabajadores, encorvados bajo el yugo del capitalismo, encuentran bien difícil vivir según las reglas de la higiene, cuando la conquisista del pan cotidiano obliga a vivir en lugares malsanos, a gastar sus fuerzas con exceso y trabajar sin tregua ni descanso. No obstante, puede individualmente remediar en parte esta destrucción de su cuerpo adquiriendo conocimiento de los medios higiénicos, simples y racionales, y poniéndolos en práctica: la limpieza del cuerpo y de la habitación, la ventilación constante, la alimentación sencilla, la abstinencia de bebidas alcohólicas y el reposo unido al recreo intelectual etc.

La sindicación católica obrera debe contar con generaciones fuertes y sanas. Es preciso que todos los compañeros y todas las compañeras de la sindicación católica obrera comprendan la necesidad de cuidar de sus cuerpos, de tener curiosas sus viviendas, suprimiendo así, en lo posible, las miserias que han de sufrir por parte de la inhumana desorganización capitalista; y cuando hayan visto la importancia de la higiene del individuo, cuando vean que se ha limpiado de esa ponzoña que les está royendo su modo de pensar, ponzoña mal adquirida en el campo de los que se llaman redentores de los oprimidos, comprenderán la inmensa trascendencia de la higiene católica-social, que es el resorte de la colectividad y que debe asegurar el bienestar común por la supresión de todas las enfermedades que puedan evitarse, y de todas las cargas que gravitan con tanta pesadez sobre nuestros compañeros que aún no han aprendido el perjuicio que se originan ellos mismos y originan a sus hijos viviendo lejos de la bandera de la sindicación católica.

En cambio, para los reflexivos, para los que reconocen que la obra de transformación social católica que el obrero cristiano está llamado a realizar, exige un período de preparación, que será tanto más breve cuanto mayor sea el número de obreros católicos sindicados, semejante actitud pacífica, es demostración de que los trabajadores católicos españoles van adquiriendo verdadera convicción social, que no se manifiesta con algaradas suicidas fácilmente reprimibles, sino con esa calma y serenidad propias de hombres convencidos que no quieren malograr en un momento de extravío la labor paciente y calculada de muchos años.

¿Y quién ha realizado ese verdadero milagro en la sindicación católica obrera española? ¿Quién es el que va logrando reaccionar contra los deplorables efectos de una educación política detestable, que lleva a obreros incautos, desconocedores del camino que les trazan los apóstoles del obrero, a la exaltación de las más violentas pasiones bullangueras? No lo hemos de decir nosotros; lo dicen órganos ilustres, que se han visto obligados a declarar que los Sindicatos Profesionales de obreros católicos, con sus escasos medios de propaganda, con sus modestos alcances, luchando contra toda clase de obstáculos y a despecho de inmundas campañas de difamación y de calumnia, han hecho en pocos años más, mucho más, en pro de la educación católica obrera,

que toda esa caterva de políticos intelectuales que brindando al pueblo amor y protección, no pretenden sino hacerlo escabel de sus ambiciones para olvidarle y despreciarle una vez satisfechas; y esto sin profirir un grito, sin que el más leve desmán desluzca tal solemnidad: demostración palmaria de que una clase obrera que de tal manera sabe ejercitar sus derechos de ciudadanía, se va capacitando para el cumplimiento de la árdua empresa de su propia emancipación.

SIMEÓN APARICIO.
Del Sindicato de empleados.

Prueba de suficiencia y de amor

Jamás sistema alguno pudo condensar en libros, códigos y leyes tan grandes enseñanzas, tan hermosos consuelos y tan sabias disposiciones como las condensadas en esa hermosa página imperecedera que saliera de las manos del Papa de los obreros en la Encíclica *Rerum Novarum*.

Cada línea, cada concepto es por sí solo un compendio hermoso, una norma fija de aquello que ricos y pobres, obreros y patronos tienen el ineludible deber de seguir.

Esto solo, la consideración de tan inolvidable documento basta a establecer la suficiencia de la actuación social de los católicos ya que en él se condensa la expresión fiel de cuantos derechos y deberes ha de cumplir tanto el Estado como sus componentes de toda condición.

Por eso los obreros católicos de Madrid, al celebrar la fiesta conmemorativa de la Encíclica y considerar que fué solo el amor a los humildes, que únicamente se halla en la Iglesia, el que la inspiró, no podemos por menos de sentirnos orgullosos de ser obreros y católicos; queremos que ese amor se difunda entre todos y estamos en espíritu con esos queridos compañeros de Burgos, que son leales, nobles y valientes en la consecución del ideal como buenos castellanos descendientes del Cid Campeador.

¡Adelante, pues, queridos compañeros! Contando con reglas tan hermosas como la *Rerum Novarum* y el entusiasmo que en nuestros pechos anida, entusiasmo, fe y amor que armó las Cruzadas, la Reconquista y todas las epopeyas de nuestra grandiosa historia, pronto llegará el día en que esa gran Federación Nacional Católica sea el principio de la reconstitución social española y quizá ¿por qué no decirlo? de la instauración en el mundo del reinado social de Cristo Rey.

CARLOS PÉREZ SOMMER.
Secretario de la Juventud Obrera Social Católica.

Madrid 15 Mayo 1917.

HIMNO DE LOS OBREROS CATÓLICOS DE BURGOS

Coro

¡Atrás! falsos redentores,
Cristo es nuestro Redentor:
El rompió vuestras cadenas,
El la libertad nos dió.

Estrofas

1.ª Juntos todos, obreros cristianos,
Por el bien de la clase a luchar,
Tremolad la bandera que encarna
De Jesús la doctrina social.

2.ª No queremos la lucha de clases,
Sino amor y justicia social:
Si el amor en los pueblos impera,
La justicia doquier reinará

3.ª Nuestra lucha es la lucha mas noble,
Nuestro lema el más noble ideal.
Demandamos amor y justicia
Y luchando brindamos la paz.

4.ª Miente vil quien nos llama traidores;
No sabremos jamás claudicar
Mientras haya un obrero oprimido,
Mientras no haya justicia social.

5.ª Mientras no se respete al obrero,
Mientras no sea justo el jornal,
Mientras no se ennoblezca el trabajo,
No sabremos con nadie pactar.

6.ª Compañeros, juremos hoy todos
No arriar la bandera jamás:
Mientras haya injusticias sociales,
¡Adelante! ¡sin tregua! ¡A luchar!

PROGRAMA DE LA FIESTA DEL TRABAJO

Por la mañana

A las nueve y media, misa rezada en la Capilla del Círculo. A las once, mitin en el Salón-Teatro del Círculo, en el que harán uso de la palabra varios compañeros de los Sindicatos que integran esta Confederación. A continuación se aprobarán las bases que se elevarán a los Poderes públicos y son las siguientes:

1.ª Que se cumpla con estricta rigurosidad la Ley del Descanso Dominical.

2.ª Que se emprendan obras en la ciudad a fin de conjurar la crisis de la clase trabajadora.

3.ª Que se adopten medidas eficaces para el abaratamiento de las subsistencias.

4.ª Que se prohíba la exportación al extranjero de todos los artículos de primera necesidad.

5.ª Que se imponga la tasa del pan y se haga efectiva la incantación del trigo y harina existentes en poder de acaparadores y grandes productores.

6.ª Que se suprima el trabajo nocturno en el ramo de la panadería.

7.ª Que el sueldo mínimo de los empleados del Estado, Provincia y Municipio, sea de 1.000 pesetas.

8.ª Que se convierta en Ley el proyecto de reducción de la jornada del trabajo de los obreros de la dependencia mercantil.

9.ª Que se realicen visitas de inspección a las fábricas y talleres donde tienen ocupación las mujeres y los niños a fin de hacer cumplir la Ley que ampara a los mismos.

Una vez aprobadas dichas conclusiones, todos los obreros, en manifestación pública, con sus banderas y estandartes al frente, se dirigirán a hacer entrega de ellas al Sr. Gobernador Civil de la provincia.

Por la tarde

A las tres y media, tendrá lugar una jira popular en la BARRIADA OBRERA, amenizada por una banda de música.

A las siete y media, velada artística en el Salón-Teatro del Círculo con que el Orfeón y Cuadro Dramático obsequiarán a sus compañeros de los Sindicatos.

A estos actos podrán asistir todas las obreras pertenecientes a los «Sindicatos Femeninos», obreras y obreros católicos en general.

Ni uno sólo dejéis de acudir a los actos arriba indicados, para que con vuestra presencia resulte más brillante dicha fiesta.